Ven mañana por sal por Sarahi Soriano

En el rancho, la noche tenía dueña.
No era la luna, ni el perro que le ladraba al monte,
ni el viento que movía las ramas del guamúchil.
Era ella.

Yo tenía siete años la primera vez que la oí.
Dormíamos afuera, en los catres,
porque el calor de agosto no dejaba vivir dentro de la casa.
Los grillos cantaban, el río sonaba lejos,
y mi abuela, con la toalla para el sudor sobre los hombros,
se mecía despacito en su mecedora de madera y baqueta.

De pronto, los grillos se callaron.
Todos al mismo tiempo,
como si alguien les hubiera pedido silencio.
Y entonces, desde el mezquite, llegó el chiflido.
Largo. Delgado.
Como quien llama a un perro...
o a un niño.

Mi abuela dejó de mecerse.
—No voltees, mija —me dijo sin levantar la voz—.
No la mires a los ojos.
Y yo, que siempre fui desobediente, volteé.

Era blanca. Más grande de lo que debía ser un pájaro.
Tenía la cara redonda, como un plato de peltre,
y me miraba.
Pero no como miran los animales.
Me miraba como mira la gente que te conoce de añales.

Mi abuela sacó de la bolsa del mandil un cordón de manta
y empezó a rezar un Padre Nuestro, muy bajito,
y cada vez que terminaba, hacía un nudo.

Uno.
La lechuza se acomodó en la rama.
Dos.
Soltó un sonido que no era de pájaro. Parecía una risa.
Tres. Cuatro.
Mi madre salió con la lámpara de petróleo,
pero la luz no le llegaba a la cara.
Cinco. Seis.
Ahora lloraba. Lloraba como lloran las mujeres
cuando nadie las oye.
Siete.

Mi abuela jaló el cordón con fuerza, lo apretó en su puño,
y le dijo, casi con cariño:
—Ven mañana por sal.

La lechuza abrió las alas, enormes, sin hacer ruido,
y se fue volando.
Pero no hacia el monte.
Se fue hacia el pueblo. Hacia las casas.

Esa noche nadie durmió.
Mi abuela me abrazó y me contó lo que ya todos sabían:
que la lechuza no es pájaro, es mujer.
Mujer que de noche se quita la piel
y la deja dobladita junto al fogón,
y sale a volar por los techos
buscando dónde hay un enfermo,
dónde hay un niño sin bautizar,
dónde hay una tristeza que nadie ha querido ver.
Y que si la amarras con siete nudos y le dices
"ven mañana por sal",
no le queda más remedio que regresar,
con su cara de gente,
a tocar tu puerta.

Salió el sol como siempre.
Cantaron los gallos, hirvió el café de olla,
olió a tortilla recién hecha,
y yo casi me olvidé de todo.
Hasta que, a las siete en punto, tocaron la puerta.

Mi abuela la dejó tocar un buen rato.
Luego abrió.

Era doña Lupe, la de la loma.
La que nos regalaba arrayanes,
la que se sabía el nombre de todos los niños del rancho.
Traía la mano envuelta en un trapo,
como si algo se la hubiera apretado toda la noche.
—Buenos días, Chayito —dijo—. ¿No me regalan tantita sal?

Mi abuela le dio sal en un papel de estraza,
con cuidado de no tocarle los dedos.
Doña Lupe me miró.
Tenía los ojos redondos. Muy redondos.
Y me sonrió.
—Tú fuiste la que volteó, ¿verdad?

Han pasado muchos años.
Mi abuela ya se nos adelantó,
y yo vivo lejos del rancho,
en una tierra donde no crecen los mezquites
ni cantan los grillos de agosto.

Pero algunas noches,
cuando todo se calla de golpe,
escucho un chiflido.
Largo. Delgado.
Y yo, que nunca aprendí el Padre Nuestro completo,
cuento hasta siete
y digo bajito:
ven mañana por sal.

Y a la mañana siguiente,
siempre,
tocan a mi puerta.

Todavía no me he atrevido a abrir.

Come Tomorrow for Salt by Sarahi Soriano

On the rancho, the night had an owner.
It wasn't the moon, or the dog barking at the hills,
or the wind that stirred the branches of the guamúchil tree.
It was her.

I was seven the first time I heard her.
We slept outside, on the cots,
because the August heat wouldn't let a soul live inside the house.
The crickets were singing, the river murmured far away,
and my granma, with a towel for the sweat across her shoulders,
rocked slowly in her chair of wood and rawhide.

Suddenly, the crickets went quiet.
All at once,
as if someone had asked them for silence.
And then, from the mesquite tree, came the whistle.
Long. Thin.
Like someone calling a dog...
or a child.

My grandmother stopped rocking.
"Don't turn around, mija," she said, without raising her voice.
"Don't look her in the eyes."
And I, who was always disobedient, turned around.

She was white. Bigger than any bird should be.
Her face was round, like an old enamel plate,
and she was watching me.
But not the way animals watch.
She watched me the way people do who've known you for years and years.

My grandmother pulled a cotton cord from her apron pocket
and began to pray the Lord’s prayer, very softly,
and every time she finished, she tied a knot.

One.
The owl settled on the branch.
Two.
She let out a sound that wasn't a bird's. It sounded like laughter.
Three. Four.
My mother came out with the kerosene lamp,
but the light couldn't reach her face.
Five. Six.
Now she was crying. Crying the way women cry
when no one can hear them.
Seven.

My grandmother pulled the cord tight, closed it in her fist,
and said to her, almost tenderly:
"Come tomorrow for salt."

The owl opened her wings, enormous, without a sound,
and flew away.
But not toward the hills.
She flew toward the village. Toward the houses.

That night, nobody slept.
My grandmother held me and told me what everyone already knew:
that the owl is not a bird, she is a woman.
A woman who at night slips off her skin
and leaves it neatly folded by the hearth,
and goes flying over the rooftops
looking for where someone lies sick,
where a child is still unbaptized,
where there's a sorrow no one has wanted to see.
And that if you bind her with seven knots and tell her
"come tomorrow for salt,"
she has no choice but to return,
wearing her human face,
to knock at your door.

The sun came up like always.
The roosters crowed, the café de olla boiled,
the air smelled of fresh tortillas,
and I almost forgot everything.
Until, at seven o'clock sharp, someone knocked at the door.

My grandmother let her knock a good long while.
Then she opened.

It was Doña Lupe, the one from up the hill.
The one who used to give us arrayanes,
the one who knew the name of every child on the rancho.
Her hand was wrapped in a rag,
as if something had squeezed it tight all night long.
"Good morning, Chayito," she said. "Could you spare me a little salt?"

My grandmother gave her salt in a fold of brown paper,
careful not to touch her fingers.
Doña Lupe looked at me.
Her eyes were round. So very round.
And she smiled at me.
"You're the one who turned around, aren't you?"

Many years have passed.
My abuelita has gone on ahead of us,
and I live far from the ranch,
in a land where no mesquite grows
and no August crickets sing.

But some nights,
when everything goes silent all at once,
I hear a whistle.
Long. Thin.
And I, who never learned the whole Lord’s prayer,
count to seven
and whisper:
come tomorrow for salt.

And the next morning,
always,
someone knocks at my door.

I still haven't dared to open it.